



NOTA NECROLÓGICA

Hace unos meses nos sorprendió a todos los que conocíamos al teólogo jesuita José Joaquín Alemany la noticia de su muerte repentina. Nuestra revista *Diálogo Ecuménico* ha perdido, sin duda, a uno de sus mejores colaboradores. Fue miembro de su Consejo de redacción durante los años que fuera director de ella D. Adolfo González Montes, y en ella queda el testimonio de interesantes y variados artículos de tema ecuménico. Su competencia en esta materia del estudio teológico hace que hayamos perdido a uno de los mejores ecumenistas con que contaba el panorama de la teología española. Nuestra revista quiere con estas líneas rendirle un recuerdo especial y un homenaje agradecido, y, para ello, hemos pensado que pueden ser de mucha utilidad las palabras de uno de sus hermanos en la Compañía de Jesús que con él vivió esta última etapa de su vida.

FERNANDO R. GARRAPUCHO

Tiene escrito Karl Rahner en un artículo muy conocido que «*por todas las salidas de la historia, por ascensión y por decadencia, puede ser encontrada la entrada en la eternidad de Dios*». Y fue precisamente esta frase la que me vino a la cabeza el pasado Lunes Santo cuando, después de los momentos de desconcierto primero, y de actividad frenética después, me encontraba en su cuarto de la Universidad Gregoriana de Roma ante el cuerpo sin vida de José Joaquín. Su muerte nos ha dejado a todos con el sentimiento de que se nos había arrebatado de golpe, como Elías, y que habiendo vivido para el Señor, solamente Él era el dueño absoluto también de su muerte.

José Joaquín había comenzado su andadura teológica, después de los años de formación de la Compañía, en la divisoria de aguas que se vivía en Alemania en los tiempos del Vaticano II. Entre la teología relativamente decepcionante que había recibido en sus clases en Innsbruck y la convicción de que en ésta seguía viendo su camino: su forma personal, religiosa e intelectual de vivir y ejercer su vocación religiosa. En 1968, ya en Tubinga, dispuesto a comenzar su doctorado, un compañero le orientó hacia el autor que debía ser su primer maestro: Dietrich Bonhoeffer. Aquí se cimentó el comienzo de su mayoría de edad teológica, que había de marcar decisivamente su itinerario. La seriedad de la convicción cristiana de este pastor reformado, comprometido con su tiempo hasta el martirio, le ganó el corazón y a su estudio dedicó no sólo su tesis doctoral, sino también sus primeros trabajos teológicos.

De vuelta en la España del tardofranquismo, y después de tres años en el Colegio Inmaculada de Alicante, fue reclamado a Madrid para colaborar en la revista *Razón y Fe* y, enseguida, incorporarse como profesor en la remodelada Facultad de Teología de la Universidad de Comillas. Fue Alfonso Alvarez Bolado el maestro e introductor de José Joaquín en los medios teológicos y universitarios, y siempre le ha guardado admiración y gratitud. Un viaje a Chile en 1976, tres años después del golpe de Pinochet, le permitió captar la

ardiente vibración con que se recibían en aquellos medios las intuiciones de Bonhoeffer para una vivencia de la responsabilidad política de la fe cristiana.

Y de aquí, lógicamente, se derivó su interés por la teología protestante: Barth (a quien dedicó varios trabajos y sobre quien, precisamente, dictó su último curso este mismo año en Comillas), Moltmann, Pannenberg, Jüngel. Y, después de una exploración por los caminos del lenguaje teológico y religioso, en los que nos inició a muchos de sus alumnos, en 1981 recibió la petición de encargarse de la asignatura llamada entonces «Revelación» y luego «Teología Fundamental», que fue el centro de su ocupación teológica durante los años de su madurez. El «dar razón de la esperanza», que se ha considerado siempre como tarea de la Teología Fundamental, ha sido el espacio central de sus preocupaciones teológicas y docentes desde el comienzo de su actividad como escritor y profesor. Como él mismo ha escrito *«un ámbito más cercano al ajetreo propio del aula de ejercicios de un gimnasio que al reposo de un salón comfortable»*. José Joaquín no podía comprender que se pueda ser teólogo católico sin plantearse la cuestión de la fe y de sus caracterizaciones dogmáticas entre aquellos que igualmente confiesan a Cristo, pero en Iglesias distintas de la católica. Y por eso, primero en el ámbito del ecumenismo y luego en el del diálogo interreligioso, destacó con el rigor y la seriedad que en todo le caracterizaba. Era consultor del Secretariado de la Comisión de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia Episcopal Española, miembro del Consejo del Centro de Estudios Ecuménicos y Orientales «Juan XXIII» y de la «Societas Oecumenica», de la «Internationale Bonhoeffer Gesellschaft» y de la Sociedad Española de Ciencias de la Religión. Era también Vicepresidente de la Asociación Europea de Teología Católica.

Las diversas tareas docentes, Director del Departamento de Teología Dogmática y Fundamental, Vicedecano primero y Decano de la Facultad de Teología después, y posteriormente Vicerrector de Ordenación Académica y Profesorado en la Universidad Pontificia Comillas, no le impidieron dedicar sus minuciosos esfuerzos a relanzar la revista *Miscelánea Comillas*, de la que fue con gran dedicación y cierto orgullo, su Director hasta este mismo año. Era consultor de la revista

Concilium para el área de Teología Fundamental y colaboró asiduamente en el Instituto Fe y Secularidad.

Los aspectos externos de su rico perfil humano y académico quizá puedan dejar en la sombra sus cualidades interiores y espirituales. No era una persona a la que se pudiera acceder en profundidad sino después de un tiempo largo de trato y convivencia. Respetuoso en extremo, delicado interiormente, y muy amigo de sus amigos, sabía combinar maravillosamente la seriedad con un fino sentido del humor que no todos apreciaban. Agradecido en extremo por lo bueno de la vida, por la belleza de la creación, por el compartir amistoso y fraterno. Hombre del discurso, que sabía describir minuciosamente las vivencias que le impactaban, en un ambiente de confianza, sobre todo a la vuelta de sus viajes. Hombre anclado en la Palabra de Dios, de la que bebía y oraba asiduamente, alejado de la piedad fácil y exterior pero consagrado a la teología como su verdadera misión y no sólo como una tarea profesional y académica.

La muerte le alcanzó cuando acababa de redactar una ponencia para un Congreso Internacional de Teología en Fátima: «*Mysterium Redemptionis*». Su título adquiere ahora una significación especial: *Misterio de la muerte, misterio paschal*. Con sus propias palabras podemos quizá iluminarla:

«Los olvidos de que pronto se rodea a los muertos a pesar de las pompas sociales, los olvidos por los que mueren una segunda vez, quedan superados por la memoria reiterada y celebrada de esta muerte singular que llevan a cabo los que dirigen sus miradas inamoviblemente hacia la cruz en que tiene lugar y hacen de ella criterio para la conducción de sus existencias terrenas. Pues ellos entonces, animados por una esperanza así consolidada, no se limitan a disfrutarla en la seguridad de los salvados, sino que humildes y reconocidos, se ponen en marcha para una nueva andadura: se ofrecen a sí mismos a Dios como muertos retornados a la vida, y ponen sus miembros como armas de justicia al servicio del Reino de Dios (cf. Rom 6, 14)».

XABIER QUINZÁ LLEÓ S. I.
Universidad de Comillas (Madrid)